

MATANZA EN MADRID *Las víctimas*

Mercedes y María José ahorran dos euros diarios para irse una noche, ellas solas, sin los maridos, a bailar sevillanas y tomarse unas copas. Pero Mercedes tomó un tren que explotó. Murió cinco días después y se convirtió en la víctima 201. A Abel le llamaban Alfa porque su

apellido era Alfigeme, pero el nombre le venía que ni pintado porque era un fanático de la astronomía. Y en astronomía, las estrellas más brillantes se llaman Alfa. Lola, a quien no le gustaba que la llamasen Dolores, no soportaba la injusticia. Era una devota de Jesús de Medina-

celi. Le pidió tener un hijo (hoy de 15 meses) y cuando lo tuvo lo llevó ante la imagen del Cristo. Stefan, un antiguo policía rumano, vivía con otros ocho inmigrantes en un piso de 80 metros cuadrados y trabajaba de albañil. Once historias de gente sencilla. Once entre 201.

Vidas rotas / 6

Once historias mínimas, de gente corriente, víctimas del 11-M. Once entre 201



MERCEDES VEGA MINGO

La víctima 201

Mercedes tenía 45 años, dos hijos (Mario, de 22, y Silvia, de 18) y trabajaba como teleoperadora para Atento, filial de Telefónica. Murió cinco días después del atentado, con lo que se convirtió en la víctima 201.

Cada vez que algún canal de televisión abre una cuenta para ayudar a los niños del Tercer Mundo o los afectados por el sida, organiza una gala de famosos

y aporta un número de teléfono al que llamar... Detrás de ese número y esos teléfonos aguardaba Mercedes Vega.

Mercedes tenía un secreto y un plan que compartía con su amiga, compañera y cuñada, María José Pino, hermana del marido de Mercedes. "En navidades", relata María José, "cuando fuimos a recoger un equipo de karaoke para marcharnos a casa, dijimos: '¿Y ahora toda la noche encerradas en casa!'. Y ella me propuso en broma: '¿Por qué no

nos vamos por ahí tú y yo solas?'. Empezamos a reírnos y entonces planeamos escaparnos una noche, decirles a los maridos que teníamos que trabajar en una de esas de gala y marcharnos a bailar sevillanas, a tomar una copa juntas por el placer de evadirnos un día de la rutina. Y yo le dije: 'Pero, Mercedes, es que en las noches de gala tenemos paga extra. ¿De dónde sacamos el dinero?'. Y ella me dijo: 'Pues vamos ahorrando cada día dos euros'. Ése era un secreto que sólo sabíamos

las dos". El miércoles 10 de marzo la llamaron para que acudiera el jueves 11 por la mañana a una oficina de la Comunidad de Madrid a una entrevista de empleo. Intentó que la entrevista se la cambiaran a la tarde y no lo consiguió.

Así que a la mañana siguiente, la víctima 201 de los atentados se levantó muy temprano para acudir a su cita a las ocho y a su trabajo a las diez. Su obsesión era que la enterrasen al lado de la madre.— FRANCISCO PEREGIL

ABEL GARCÍA ALFAGEME

Una estrella Alfa

Abel García Alfigeme, Alfa para los amigos, era mecánico de ascensores en una constructora. El pasado jueves cumplía 27 años. Hacía cinco meses que había entrado en una nueva empresa, e iba cada día a trabajar en un tren de cercanías desde Parla a la zona norte de Madrid, pasando por Atocha.

Su novia, Miriam, trabajadora social en una ONG, comenta que

se mostraba "muy ilusionado con ese empleo porque quería estar en una compañía grande, tener un contrato estable y seguridad en sus condiciones de trabajo". Vivían en el piso de ella desde hacía más de dos años, pero habían empezado a pagar una nueva hipoteca hacía año y medio porque "él quería vivir en una casa con ascensor para no tener que subir la compra hasta el tercero".

Rivas y César, *El Orejas*, recuerdan las noches de juerga en El Callejón del Gato, las cenas



con Miriam y Abel, las sesiones de videoclub. "Alfa era un apasionado del cine, le gustaba cualquier película buena, fuese comercial o no, también el cine Dogma. No Schwarzenegger", dice su amigo de toda la vida, Stiffy. El 2 de abril, él y su grupo de teatro pensaban estrenar *La primera piedra*, una adaptación de *El gran teatro del mundo*, de Calderón de la Barca, en la sala Jaime Salom de Parla.

Francisco, su padre, comenta cómo de niño Abel "iba al Rastro

con el jornal que yo le daba cada semana y traía libros. Se los comía". También tocaba la guitarra. La música era otra de sus pasiones. El jazz, el blues... y las estrellas.

"Le encantaba el espacio, los planetas, las cosas de la NASA... Quería que un amigo le pintara un cuadro de la superficie de Marte", cuenta Rivas. En astronomía, a las estrellas más brillantes de un sistema se las denomina Alfa. Abel era Alfa.— EDUARDO ERCORECA



ELÍAS GONZÁLEZ ROQUE

La mitad de dos, un tercio de tres

Se llamaba Elías González Roque y era uno del trío que formaban Lorenzo, Javi y Elías. De la piña que hicieron los chicos del departamento de recursos humanos de Aldeasa, ninguno le echará de menos más que otro. Tenía 30 años y llevaba en la empresa casi nueve. Era responsable de contratos en Administración. Muy alegre, muy bromista en las charlas de la

comida. Usaba los chascarrillos para hacer reír a sus compañeros, porque además era un seguidor del Atlético que había sido madridista, y la tarde anterior a la tragedia se burlaba de los chicos diciéndoles que el Bayern de Múnich eliminaría al Real Madrid. "Últimamente le llamábamos Roni. Estaba cogiendo kilillos, así que le picábamos diciéndole que se parecía a Ronaldo", dice Lorenzo.

Elías era también una de las dos mitades que formaban Ana y Elías. Porque Ana era el "comple-

mento perfecto de su marido", como dice la mujer de Lorenzo, Montse, que adoraba ver juntos a la pareja. Elías y Ana se habían casado hace 5 años y vivían juntos en Coslada. A veces pasaban los chicos de la oficina a comer, sobre todo los miércoles. Elías era muy casero. Lorenzo cuenta que su amigo se había pasado años con la misma televisión diminuta, hasta que hace dos meses Ana y él decidieron comprarse un gran televisor y un buen DVD. "Estaban encantados". Verían

juntos los partidos, aunque Elías tenía ganas de que acabase pronto la liga, por miedo a que el Atlético bajase a segunda.

Los amigos del trabajo y sus mujeres formaban una piña. Uno de ellos tenía que decidirse a tener el primer hijo del grupo. Lorenzo apostaba por Elías y Ana. "Tenían mucha ilusión por tener un bebé". Hace unos días, en la oficina hablaron de hacer un viaje a Sevilla, no muy tarde, por mayo quizá. Después de las lluvias.— DANIEL CELA GARCÍA

JUAN FRANCISCO PASTOR FÉREZ

"Pensamos que no cogía el teléfono por estar ayudando"

Juan Francisco Pastor Férrez era un madrileño de 51 años que siempre tenía una sonrisa para todos. Su buen humor y sus bromas eran especialmente apreciados por sus compañeros en el Palacio de Congresos, donde trabajaba como técnico de telefonía. "Le sacaba punta a todo", dice uno de sus dos hijos. "Un día nos

mostró entusiasmado una foto junto a Emilio Butragueño". En realidad se trataba de una silueta del famoso ex jugador del Real Madrid, equipo del que Juan era un gran seguidor. Su forma de ser lo hizo muy querido entre sus compañeros y jefes. "Ha llamado todo el mundo, hasta un jefe de un trabajo de antes de que estuviéramos casados", afirma su esposa. El próximo junio cumplían 30 años de casados.

Juan era un hombre tranquilo. Adoraba salir de pesca. Tanto



en el pantano de Valmayor como en el de San Juan. "Simplemente cogía su caña, su mochila y se iba a pescar". También le encantaba jugar al mus con sus amigos del barrio de Palomeras, cercano a la estación de El Pozo. Los animales tenían un lugar especial para Juan, sobre todo sus perros. "Siempre nos hablaba de su perro Jeremías", recuerdan sus compañeros del tajo. "Llegaba de trabajar sobre las cuatro y lo primero que hacía era bajar a los perros". También se dejaba fasci-

nar por los documentales de animales en la televisión.

El centro de su vida era su familia, y estaba encantado con su primera nieta, que el sábado pasado cumplió nueve meses. "Mi padre era muy generoso y para nada materialista. Tenía muy pocas cosas. Ahora llevo el reloj que él se olvidó ese día en casa". "Era tan solidario que nunca pensamos que había muerto; pensamos que no atendía el teléfono porque estaría ayudando a la gente".— RODRIGO SOSA



SÉRGIO DOS SANTOS SILVA

"Vivía entre la casa, el trabajo y la iglesia"

Hace seis meses, a los 28 años, Sérgio dos Santos Silva tomó su primer avión. Nunca antes había salido de su Brasil natal. Volaba a Madrid en busca de mejor suerte. El problema no era que São Tomé, el pueblo de 5.200 habitantes donde vivía en el Estado sureño de Paraná, se le hubiera quedado pequeño. Al contrario. Era allí donde quería pasar el resto de su

vida con su esposa, Sara, de 21 años, y su hijo, Miquéia, de 4. Pero deseaba darles más de lo que tenía. Después de siete años trabajando como operario en una industria química, su sueldo seguía sin permitirle realizar el sueño de tener su propia casa. Para eso necesitaba juntar al menos 7.000 euros. "Pensaba, además, comprarse una furgoneta para sacar un dinero transportando a los trabajadores desde sus casas a las fábricas", cuenta su dentista, Arlei Hernández, también alcalde del pueblo.

Los domingos, ya en España, al volver de misa, Sérgio llamaba a su familia. Evangélico convencido, no cambió sus costumbres. "Vivía entre la casa, el trabajo y la iglesia", cuenta su suegra, Isabel Alves, que vive con su hija, costurera como ella, y su nieto. Sérgio no se quejaba, pero la familia sentía su sufrimiento. "No conseguía un trabajo fijo. Hacía chapuzas y sólo logró enviarnos 1.000 reales para pagar sus deudas".

Hace un mes llamó diciendo

que sus "oraciones habían sido atendidas". Por fin, había conseguido un trabajo como capataz de obra con un salario de 800 euros mensuales. "El domingo anterior a los atentados, Sérgio nos llamó dos veces, como si fuera para despedirse. Le dijo a Miquéia que volvería y le traería un camioncito de juguete". El martes 17 de marzo, un avión volaba desde Madrid hacia São Paulo. En él iba el cuerpo sin vida de Sérgio dos Santos.— PRISCILLA GUILAYN